

mejor Actriz y mejor Actor.

A pesar de todas estas aseveraciones me parece que la bienal merideña merece apoyo. Más aún, habría que revitalizarla hasta que perfila su identidad y orientación definitiva. El Gobierno, por su parte, debe comprender que el Cine no es sólo "el séptimo arte" sino también encrucijada donde incide lo empre-

sarial, lo político y el prestigio cultural de los países. La experiencia acumulada irá corrigiendo las fallas inherentes a este tipo de festivales y poco a poco llegaremos a tomar el pulso de lo real y de lo posible. Pero habrá que renovarse. El día de la inauguración, por ejemplo, no pudieron entregar los Programas porque no habían llegado de Caracas. Algu-

na-sala de exhibición carecía de condiciones idóneas de imagen y sonido. La película cubana, Cecilia Valdés, que duraba 4 horas hubo que verla con desazón.

Tarik Souki y su grupo merecen respaldo y confianza. Los frutos de su obstinada preocupación se contabilizarán más tarde.

La Boda

CARMELO VILDA

A los venezolanos nos ha torturado siempre la historia entendida como análisis concreto. La hemos reducido a épica o política. Por eso me sorprendió desde el primer impacto la concepción de LA BODA. No se trata de una película ficción sin más ni más sino de un memorial, de un recuento donde hechos y personajes son transferidos a situaciones muy concretas que constituyen hoy jalones de nuestra historia contemporánea. LA BODA rompe el carácter intocable, la rigidez en la que mantenemos reclusos los hechos protagonizados por actores todavía vivos. Si a este acierto global añadimos talento, desenvoltura, impulso creador y dominio inteligente de la narrativa cinematográfica tenemos que afirmar que 1982 concluye fílmicamente con una película esclarecedora, valiente, inspirada.

ARGUMENTO: Marlene y José se casan. A continuación celebran la fiesta. Se reúnen los familiares, amigos y compañeros. Acuden también la esposa e hija del patrón donde trabajan el novio y la mayoría de los invitados. Entre trago y trago, disco y disco, entre chiste y chiste, disertación y disertación, la cámara va brindándonos las retrospectivas de los asistentes. Todos viven anudados por relaciones interpersonales o laborales, pero cada uno de ellos desempeña diverso papel en el "drama venezolano". Unos como izquierdistas por afición o por fanatismo ideológico, con pasado sucio o riñones rotos por alumbra la democracia o como jaletis o arribistas. Poco a poco se van reconstruyendo los hechos, las historias, se adivinan las claves, se completa el rompecabezas y se hace posible identificar al ex-torturador de la Seguridad Nacional o al líder sindical vendido al patrón. ¿Qué hacer entonces cuando el hijo del victimario se ha casado con la hija del torturado o cuando la suegra es amiga del sindicalero? ¿Cómo vivir en paz, libertad y justicia en esta Venezuela mestiza, delta de intereses y pasiones?

LA BODA es ante todo una fiesta, ámbito y ambiente para el bonche y la pachanga popular. No se trata de una metáfora o de un pretexto para contar los relatos políticos ni tampoco de un soporte para amarrar las tramoyas personales de cada personaje. LA BODA es eso: espectáculo, celebración que define a Venezuela, tan genuina que se convierte en ceremonia. Colorido, música, gestos, distribución espacial, enseres, ritual participativo... todo contribuye a la recreación litúrgica del regocijo. En ningún momento degenera en parodia, caricatura o tópico. No es tampoco recepción, velada o escenificación. Es lisa y llanamente la fiesta de boda. Este hecho da el título a la película.

La celebración, el espectáculo es lo sustantivo. Ocupa el prólogo, el desarrollo medular y el epílogo. No sólo realiza la función aglutinante sino que además permite la inmersión en lo trascendental de lo festivo y la visión de las capas más profundas de lo humano a través de la extroversión comunitaria. De aquí brota esa extrañeza o sentimiento tan vasto y misterioso, la sensación de que la fiesta no es símbolo trivial de la vida sino necesidad y fundamento.

Pero sucede que todos los invitados arrastran una historia personal, una tramoya cuyas ramificaciones se conectan recíprocamente. Poco a poco, sin forzamientos ni torceduras, por la pro-

pia trayectoria de los acontecimientos la fiesta se convierte en feria, en galería de espejos donde cada personaje refleja su condición humana. Cada quien ha subido a la casita del cerro con el peso de su historia, los intereses de clase y el bagaje temperamental. La cámara lo recoge, lo asume con ternura y, al devolvérselo en retrospectiva, comprendemos que no hay mil historias sino una sola porque todas se aluden, se transfieren y se engarzan. Es esa única historia que nos envuelve como pueblo, la pleamar de nuestras vidas cotidianas desbordadas durante la fiesta por la exigencia natural del exceso, del júbilo y la fanfarria. Es esa única historia resultante de nuestras contradicciones, la verídica historia del país, la que se escribe desde el trabajo mal retribuido, desde los enamoramientos románticos, desde el servicio doméstico, desde la clandestinidad en tiempos de dictadura, desde la jaletería, desde las ideologías, desde el enriquecimiento ilícito, desde las fortunas que tienen raíces podridas, desde la venalidad sindical, desde la juventud burguesa que juega a ser "progre", desde la ilusión de un 23 de Enero en que pareció que la esperanza corría a ras del suelo. Historia construida día a día, a golpe de azares, tropiezos e ilusiones, más viva y palpitante que la agigantada en los campos de batalla. Vidas venezolanas integradas en esa única vida llamada Venezuela.

Contar esta historia única con sus matices más cotidianos, asumirlas con amor y legarla a la posteridad es el gran mérito de LA BODA. Todo ello realizado con naturalidad, lejos del panfleto. Gracias a esta mesura, tan escasa en nuestro cine, a la capacidad de síntesis y a la perspicacia intuitiva, Urgelles colorea un enorme mural costumbrista, rosetón étnico y cultural de nuestro mestizaje. Hay además fresca popu-



lar, hay majestad en la cámara. Nunca se repite en las continuas recurrencias a la percha, al ritual de la fiesta. Hay también empeño, ilusión, deseo de perfección. El Guión fue retocado ocho veces. Y resultó, al fin, sencillo y consistente a pesar de algunas reiteraciones que pretenden retomar el ovillo, el montañar narrativo después de los numerosos y frecuentes "feed back". También hay varias torpezas de sonido y oscuridad en algunos diálogos. Nunca sin embargo diluyen el dinamismo envolvente que segrega el film. La trama, por su parte, bordea en determinados recodos los artilugios de la telenovela: la hija del torturado se casa con el hijo del torturador. A su vez la

mamá del novio trabaja en casa de la dama burguesa quien tiene sus desahoguitos afectivos con un antiguo mastín de la policía precisamente el que ayudó a su marido a montar la fábrica.

Pero LA BODA ¡ojo! es una peli-

cula de tesis. Cada ola, cada currículum personal, cada círculo concéntrico de esa gran historia que es Venezuela, rubrica el mismo lamento: la injusta formación de la sociedad venezolana a partir del 23 de Enero. La ilusión de cambio que ondeó en los primeros momentos fue muy pronto desencantada por la voracidad de quienes se creyeron con derecho al botín. Los contornos tan desarticulados de la Venezuela actual se pudieran armonizar más entonces. Por eso hay en LA BODA desaliento: la frustración que respinga su impotencia en el dolor de quien tiene derecho a la denuncia; pesimismo concretado por la venalidad de la dirigencia sindical; y la decepción inoculada por un sistema político que no supo mantener el entusiasmo y la participación popular.

La existencia de clases es un hecho. La orfandad del proletariado también. No hay lucha, es cierto, pero tampoco permeabilidad, ni mucho menos armonía. La ceremonia de la fiesta, por ejemplo, rebrota jubilosa cuando se retira la "burguesía" (la familia del patrón). Como que el pueblo a sus anchas se divierte mejor. Y acaba en tragedia cuando llega el líder sindical corrupto y el antiguo torturador de la Seguridad Nacional. Ahí concluye la fiesta, el clima de mutua tolerancia y humana aceptación. Ahí comienza la violencia, esa referencia constante de nuestro desarrollo histórico en la búsqueda de libertad y justicia.

LA BODA resulta, al final, un calidoscopio que refleja, por un lado, madurez intelectual y por otro integración de la realidad. Otorga personalidad al cine venezolano y lo afianza sobre una ruta válida, positiva con líneas de fuerza que exigirán en adelante a todos los cineastas mayor compromiso y profesionalidad. Cuando el cine es capaz de asumir con dignidad acontecimientos o expresiones significativas de nuestro pueblo quiere decir que es posible explorar la conciencia que nutre nuestro proceso cultural.

LA BODA

Dirección: Thaelman Urgelles
Guión: Edilio Peña - T. Urgelles
Fotografía: Eddy León
Música: Juan Carlos Núñez
Montaje: José Alcalde
Interpretes: Eva Mondolfi - Asdrúbal Melendez - Antonieta Colón - Víctor Cuica - Esther Orjuela.
Estreno: 17-11-1982